

Travoltitis

■ Hay quienes aseguran que el éxito de Travolta no es sino un truco publicitario, la respuesta a una campaña de promoción en la que se ha invertido una fortuna. Es posible que así sea, pero todo publicista sabe bien que si un producto no tiene calidad o no corresponde a una necesidad, no hay campaña propagandística que pueda inflarlo.

A mí me parece que Travolta apareció en el momento justo. En una época que cada día da más importancia al cuerpo, tanto a su salud como a su destreza y el ver a una persona que sabe moverlo con gracia, con imaginación y con libertad creadora es todo un espectáculo.

Con Travolta hay cosas que ya han quedado definitivamente obsoletas. Y en buena hora. Las clases de baile, por ejemplo. Esas tortuosas sesiones que nos indicaban que había que dar dos pasos para adelante, uno para el lado y otro para atrás. O algo así. Y estudiar en un diagrama la posición de los pies si se quería bailar un vals, un fox-trot o un paso doble, sin dejar de lado al tango con sus clásicas figuras de "la vuelta", "la corrida" o "la sentada".

Travolta ha publicitado y llamado la atención, lo que hace muchos años era un hecho consumado: el baile es una expresión libre del cuerpo, en que el ritmo se entrecruza con la imaginación, la destreza con la sensibilidad.

Uno lee a los escritores pretravoltinos referirse al baile y dan pena. ¿De qué estarán hablando? Veán, por ejemplo, cómo describe el vals el poeta español Emiliano Ramírez Angel:

"Porque bailar es eso, elevarse del suelo preñado a unas pupilas febriles de mujer; sentirse ilusionado argonauta del cielo; retar a los sentidos y saberlos vencer".

¿Habían oído algo tan cursi? ¿Qué correspondencia existe entre las imágenes que crea el poeta y las que emergen de

una bulliciosa discotheque? Ninguna, ciertamente. Ya nadie se prende de la pupila de nadie, porque la pareja ha dejado de ser necesaria; ya nadie reta a los sentidos, sino se sume en ellos. Ya nadie mantiene insulsas conversaciones mientras se cuida de no dar un pisotón, porque el baile se ha convertido en un fin y no en un medio.

Con la era de Travolta, vuelven a tomar relieves los grandes bailarines populares de otras décadas. Dan ganas de volver a ver esas increíbles películas de Fred Astaire y Ginger Rogers, o emocionarse con los acrobáticos pasos de Gene Kelly en "Cantando bajo la lluvia". Se principia a comprender que la admiración que sentimos por las estrellas del deporte radica más en su condición de bailarines que en la mera destreza física. ¿Qué es sino un excelso bailarín, Muhammad Ali? ¿Cómo no añorar las proezas dancísticas de Pelé? Y cómo no reconocer ahora que lo que hacía el ballet azul de la "U" eran coreografías en vez de partidos de fútbol?

Hace la friolera de 25 siglos que un poeta griego, Simonedes de Ceos, dijo: "La danza es una poesía muda", y hoy, al entrar a cualquiera sala de baile, los estilizados y libérrimos y creativos movimientos de los bailarines dan plena razón al poeta.

Debo reconocer que me he dejado llevar por el entusiasmo. Después de haber vivido toda una vida con reputación de pésimo bailarín, pidiendo excusas por aterrizar en los pies de mi pareja, de dar empujones a la pareja vecina y ser incapaz de seguir los preestablecidos pasos del baile de moda, la total ausencia de reglas para bailar me deja en una expectante posición.

No es que baile mal, sólo que tengo un estilo diferente.

PARTIQUINO